

finito con que nos pone en comunicación celestial la queja beethoveniana.

De ese estado nativo y natural, que es la poesía para el poeta, nace la adecuación de su lenguaje: el verso constituido por las mismas palabras que la prosa, pero diferente de ella por el predominio del elemento musical. Así, el objeto comunicativo de la prosa es la noción, y el del verso la emoción; de tal suerte, que la expresión de aquella está en el sentido literal de las palabras, y la del verso en la eufonía y en la imagen. Son los mismos vocablos, pero no significan lo mismo.

Como nosotros no cantamos el verso, a diferencia de los antiguos, para quienes no había verso sin canto, el verso tiene que cantar por nosotros; de tal modo, que, recitando con la voz natural, suene musicalmente.

Por esto, nuestro verso es más preciso y exigente en el concierto de sus elementos musicales, que son tres: la cantidad silábica, el acento y la rima. La primera no puede pasar de catorce, de quince cuando más, en nuestro idioma, sin que el verso se disloque irremediabilmente; el segundo es de uso variable: conforme a regla en los metros regulares, y al oído en las combinaciones libres; la tercera, consonante o asonante, es esencial; pues, sin ella, el verso deja de existir o se vuelve prosa. Bella prosa, quizá, pero prosa sin remedio.

No hay buen poeta que no sea buen rimador, y esto por un motivo sencillo: que el lenguaje rimado es su modo natural de hablar como poeta. La rima es lo que determina su verso, y lo que primero se le presenta al componer, sugiriéndole, todavía, el sentido de su frase. Lejos de ofrecerle un obstáculo, constituye su facilidad y su goce. La precisión de su lenguaje resulta, en gran parte, de la rima, que es un ajuste natural como el de las coyunturas en los miembros de un organismo; y tal cual éste puede plegarse y acomodarse en muchos modos, pero no descoyuntarse sin fracasar o sucumbir, el lenguaje poético puede libertarse de todo, menos de la rima.

La supresión de este elemento no es libertad, sino anarquía absolutamente inaceptable. Y más aun en castellano, ya que en vez de una tenemos dos maneras de rimar: la exacta, o consonante, y la asonante, que es facilísima.

Hablarle a un buen poeta del *yugo de la rima* es como compadecerle a un enamorado el *yugo del amor*. El no desea sino estar enyugado. Aquello es su delicia: el dulce *yugo* de las coplas eternas.

Así, no es el poeta quien abandona a la rima, sino la rima que abandona al mal poeta, para que este haga lo único que puede hacer: es decir, prosa.

Un poeta que comete licencias o

hiatos es un pobre, digno de consideración. Un poeta sin rima es un mendigo lastimoso. Es menos aun; pues por el mero hecho de no poder rimar, ha muerto.

Claro es que eso, como toda miseria vanidosa, pretende encubrirse con el nombre de libertad. Mas, la impotencia que revela, es la peor de las servidumbres. Curiosa prueba de dominio musical la que empieza aniquilando el instrumento...

A pesar de la moda vil, que nos da en el género tanto poemilla abortivo, correspondiente a los muñecos ortopédicos de la *pintura* congénere; de su inquietud moderna, de su instinto libérrimo y hasta libertario, a fe mía, el buen poeta, que es este Conrado Nalé, nunca deja de rimar. Y hasta cuando en *Los Gallos* su composición más interesante, quizá, desenfrena el ritmo en contorsiones casi desconcer-

tantes, no pierde el gobierno necesario, la unidad vital, conservándolas por medio de la rima. Es un excelente ejemplo de la extrema libertad que puede tomarse un buen poeta.

Y otro lo constituye, para la combinación de metros regulares, el bellísimo poemita *Drama Nocturno*, que considero lo mejor del libro; y así como el soneto liminar, una pequeña obra maestra.

Materialmente hablando, la poesía es verso; y esencialmente, el verso es rima como el pájaro es ala.

Gota de rocío, ala, mariposa, tierna ironía, gracia ingenua, salto funámbulo en la luz...

He aquí lo que he podido ver, con la alegría de una iluminación matinal, en *El Grillo* de Conrado Nalé Roxlo.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*, Buenos Aires).

El águila del nopal

1

Un país dramático

DE nuevo llegan noticias trágicas de Méjico. La guerra se pasea otra vez por los términos de la República. Nada de extraño tiene este último episodio de la tragedia clásica. Porque Méjico es un país clásico y un país dramático. Es el país dramático por excelencia.

Este episodio de ahora, que será corto, aunque sea largo, no tiene la gravedad ni infunde la emoción de otras horas nocturnas cebradas de relámpagos. Recordemos el penúltimo de estos episodios, que duró diez años.

2

El águila del nopal

MÉJICO tiene en su historia un mito estupendo. De ese mito tomó vida el águila del Escudo de Méjico que alza el vuelo, desde erizado nopal, llevándose en el pico a una serpiente. Está bien que lo que vuela destruya a lo que se arrastre, y que el águila, o sea el ímpetu denodado, triunfe de la serpiente; es decir, de la perfidia.

La reciente lucha de diez años entre Méjico y Yanquilandia renueva el mito del viejo imperio azteca.

¿Quién iba a atreverse con la enorme Yanquilandia, el serpentón del Norte? Sin embargo, Méjico se ha atrevido. Durante diez años, en las más tristes circunstancias, Méjico le ha hecho frente, si cejar un solo día.

¡Dramático y mal conocido episodio de dos lustros, que nos ahoga de emoción!

Méjico, país heterogéneo, de apenas 20.000.000 de habitantes, sólo tenía contra el gigante la honda y el ánimo de David. Y no ha cejado jamás un ápice de su derecho, ni por la violencia ni por la lisonja, ni por el cohecho.

¿Qué ha faltado a Méjico para aguijonar la codicia del sajón vecino? Nada, ni el desorden interno: ponderosa revolución a cuestas y la herencia por liquidar, de infame déspota que no creía sino en la plutocracia. Fabulosas riquezas naturales han agravado la situación de Méjico, entre ellas el bélico petróleo. ¿Otro aliciente? Su situación geográfica, al sur del continente norteamericano, sobre los dos grandes Océanos que le permite a Méjico tener dos caras: una que mira a Europa, otra que mira al Asia, y poder servir de tránsito, como Panamá, a dos civilizaciones, la de Oriente y la de Occidente. Y ese apéndice natural de cinco Repúblicas que parten límites, al medio día, con el Canal de Colombia. Y un golfo donde se amparan las islas más codiciadas del Caribe. Para defender tantos tesoros, contra la ambición estrellada y depredadora, ¿con qué ha contado Méjico sino con esa energía maravillosa, que es su mejor coraza?

Un yanqui—Ernesto Gruening—ha escrito, con verdad, en *The Nation*, de Nueva York: «Mientras otros muchos países se han arrodillado ante el Tío Sam, Méjico, dignamente, se mantiene erguido ante él».

Nada más cierto y nada menos sabido. En oposición abierta con los Estados Unidos, Méjico ha llevado a